

El proyecto de vida en San Camilo

Aceptemos que debemos hacer lo mejor que podamos con nuestra vida. Seamos capaces de proyectar y proyectarnos hacia los demás tal y como lo hizo San Camilo quien decía: ninguna profesión o vocación puede ser más sublime que la del servicio a los enfermos; por ello afirmaba: "Entre las obras de caridad cristiana ninguna agrada más a Dios que la del servicio a los pobres enfermos".

Él nos dejó algunas bienaventuranzas:

- "Bienaventurado y dichoso el servidor de los enfermos que gasta su vida en este santo servicio con las manos metidas en la masa de la caridad".

- "Dichosos ustedes, que tienen tan buena ocasión de servir a Dios a la cabecera de los enfermos".

- "Dichosos ustedes, si pueden ir acompañados al tribunal de Dios por una lágrima, un suspiro o una bendición de estos pobrecitos enfermos".

Una vida así es como una vela encendida que mientras se va gastando va llevando a cabo su fin que es dar luz y calor a los que alumbra.

Para Camilo no fue fácil encontrar, descubrir su proyecto. Fue un camino accidentado.

“Ante la tumba del padre vuelve a concentrarse en sí mismo, a reflexionar. ¿Qué hacer? Las últimas palabras paternas le indicaban el camino de Buquiánico, de la casa acogedora y llena de los recuerdos de la madre. Pero, ¿cómo ganarse el pan de cada día? No tiene estudios y un caballero *no puede trabajar*, es una cosa indigna de él. Sin guía, sin amparo, sin rumbo alguno en la vida, Camilo se da cuenta de que tiene que orientarse por sí mismo: por primera vez se siente obligado a tomar una decisión personal, asumir responsabilidades y tomar las riendas de su destino. Este descubrimiento le oprime con fuerza, nunca lo hubiera pensado.

La necesidad lo urge. Apenas se siente recuperado dirige sus pasos hacia el sur, hacia su casa. Trata de comprenderse y aclarar sus ideas, pero le cuesta mucho. Desde el fondo de su soledad y su desesperación comienza a ver una pequeña luz: es la cara de su mamá que sonrío y le repite palabras de bondad...

Todavía débil parte... Cojea ligeramente por una llaga que tiene en el empeine del pie derecho: *Una pequeñez – piensa -, no hay que hacerle caso... con un poco de descanso se curará*. No se da cuenta de que Dios está mostrándole un signo de su voluntad, que le indica ya un rumbo desconocido, pero claro. En ese momento no puede descifrarlo...

Conforme se siente mejor, el río de pasiones y de aventuras que corre en sus venas lo arrastra... Todo es aventura y Camilo se entrega con avidez en busca de gloria, pero, sobre todo, de dinero para poder derrocharlo en el juego y en los fáciles placeres durante el ocio de los inviernos.

Así pasan cuatro años. Pierde, pero no desiste, juega de nuevo. En la cuarta internada, cuando ya lo ha perdido todo, antes que darse por vencido, se juega lo que un soldado no puede perder: la espada, el arcabuz, la pólvora, y... hasta la camisa. Pierde de nuevo. Cabizbajo, deja los compañeros y sale sombrío, inseguro, desorientado y una vez más le sale al paso la pregunta: ¿Qué hacer en adelante?

Nápoles, otoño de 1574, Camilo ha tocado el fondo de su miseria física y espiritual. Tiene 24 años y la dura experiencia de soldado aventurero lo ha madurado. De no ser por la maldita llaga que de vez en cuando lo fastidia, podría sentirse tranquilo y realizado en la vida militar, aunque tenga que sufrir las tristes consecuencias de su pasión por los juegos de azar. Pero si hoy se pierde, mañana... se puede ganar. Así es la vida. Lo sabe y quiere seguir adelante, a pesar de todo, testarudo y porfiado como siempre.

En compañía de un amigo parte de nuevo en busca de la fortuna a los campos de batallas. Es un joven alto y robusto, se siente fuerte y la encontrará; está seguro de ello: se trata sólo de tener un poco de paciencia y esperar que venga la primavera, pero el hambre y el frío empiezan a preocuparle.

En Manfredonia, una pequeña ciudad del sur de Italia, a orillas del Adriático, se ve obligado a tomar una decisión grave: robar o pedir limosna. Una vez más, la formación materna surge dentro de la mente, lo orienta y lo salva: Opta por mendigar a la puerta de una iglesia. Esta decisión limpia y noble, es para él tremendamente humillante y dura. Allí lo ve don Antonio y, movido por la compasión, le ofrece un trabajo para vivir: peón de albañil en la construcción de un convento. Desconcertado y confundido, Camilo pide tiempo para consultar a su amigo. "Ni hablar - le contesta el amigo -, aceptar significaría romper con tu vocación; un soldado con vocación es un caballero que no puede trabajar". Juntos deciden de alistarse en cualquier ejército, pero... ¡qué decepción! no hay a la vista ningún reclutamiento, al menos hasta la primavera del año siguiente. Es un momento difícil... el momento de Dios. Camilo no lo sabe, pero rompe con su amigo y regresa a Manfredonia para aceptar el trabajo... hasta la primavera. Después - piensa Camilo-, volverá a las armas.

El trabajo aceptado consistía en arrear dos borricos, durante todo el día, cargados con materiales de construcción. Su personalidad mortificada, a veces se rebelaba; los chiquillos de la calle se burlaban; la pasión del juego gritaba sus exigencias. Varias veces estuvo a punto de matar a los borricos y escaparse...

Pero ALGUIEN lo esperaba allí. Día tras día comenzó el Señor a entrar profundamente en su vida, ya dejar su huella cada vez más honda. Si bien es cierto que Dios nunca había desaparecido completamente de su interior, las pasiones lo habían marginado y sólo en momentos difíciles había hecho sentir su presencia. Ahora, su voz secreta y profunda se revelaba cada día en una inquietud de corazón nueva y constante. Entreteniéndose con los buenos frailes durante los ratos de descanso y participando con ellos en la oración, Camilo empezó a reflexionar sobre su pasado y su futuro. El recuerdo de su madre y la vida sencilla de estos hombres, revolucionaban su escala de valores y ponían en crisis su vocación de soldado aventurero.

Pasaron meses. Un día de 1575, lo enviaron a otro convento, para cambiar dos odres de vino por otros alimentos. La noche del 1º de febrero, después de la comida, el guardián Padre Ángel conversó largamente con él sobre el pecado, la misericordia de Dios y la felicidad de los que viven en gracia. "Dios lo es todo, lo demás, todo lo demás, es nada", le dijo al desearle las buenas noches.

Fue aquella una mala noche para Camilo: no pudo dormir. "Entonces -pensaba-, si Dios lo es todo, también la gloria, el dinero, el juego es nada. ¿Y su pasado?, ¿sus ilusiones?". Se sintió descontrolado en todo su ser. Quería salir de esta situación, a costa de cualquier cosa. Siempre el mismo testarudo. Pero ahora se trataba de jugarse verdaderamente la vida, porque ya no bastaba una promesa: había que cambiarlo todo de una vez y para siempre".